LA NEGACIÓN POSITIVISTA

Y

SU VALOR CIENTÍFICO.

SEÑORES:

Hemos visto á la negación materialista lo mismo que á las anteriores, enarbolar la bandera de la ciencia, y no dejar más que ruinas en el campo de la ciencia. Hemos visto que el materialismo, negando el alma como sustancia distinta del cuerpo, á la vez que acaba con los elementos que la componen y con las palabras que sirven para expresarla, echa por tierra la gran ciencia que ha ilustrado tantos ingenios: la psicología ó la ciencia del alma. Pero todavía lleva más adelante el materialismo sus devastaciones en el imperio de los conocimientos; porque negando el espíritu y proclamando el reinado exclusivo de la materia en el hombre; niega la mismo tiempo la libertad, proclamando el

reinado exclusivo del mecanismo y de la fatalidad; y la negación absoluta de la libertad trae consigo la negación y la destrucción absoluta de la ciencia moral ó de la moralidad de los actos humanos. No más ciencia psicológica; no más ciencia moral: tales son los dos resultados infalibles del triunfo del materialismo.

Hasta aquí, señores, hemos visto cuatro grandes negaciones que bajo sus golpes destructores arrastran consigo, unas en pos de otras, la ruina de la verdad y de la ciencia, como restos de un edificio que se demuele, piso por piso y piedra por piedra: hemos visto al naturalismo, al panteismo, al ateismo y al materialismo, siguiéndose y confundiéndose muchas veces en un horrible amontonamiento de ruinas científicas. Parecia que tocábamos ya á las últimas fronteras de la negación, y que no podiamos proseguir sin volvernos atrás. Pero estaba reservado á nuestro siglo formar con los restos de todos esos sistemas, otro que aunque asimilándoselos, se distingue de ellos por una fisonomía especial y se presenta entre nosotros como la reunión más completa de negaciones que se ha visto

nunca en la historia del espíritu humano. Y lo que en particular caracteriza ese sistema, y le reviste de un interés especial desde el punto de vista en que estamos colocados, es que esa vasta sistematización de errores, y ese enorme conjunto de negaciones se nos ofrece precisamente como la más alta expresión del saber y la más completa organización de la ciencia en el siglo XIX. Ese sistema tan extraño se ha dado un nombre más extraño todavía: se llama el *positivismo*.

¡El positivismo! Esta palabra, inventada para expresar un conjunto de negaciones, es más que todo una cosa bien extravagante. La palabra *positivo* tiene, en las tradiciones de nuestra lengua francesa, sentidos muy diferentes según la especialidad de las cosas que expresa y que nadie entre vosotros puede ignorar. Trabajo nos cuesta, por lo tanto, comprender á los hombres que nos traen con aire de reveladores esa novedad singular que se llama el positivismo; y no podemos menos de preguntarnos si nos hablan con formalidad esos cándidos reformadores, cuando nos dicen, mirándonos con tanta altivez y con tan raro desdén: "Nosotros, los sabios, somos positi-

"vistas: nosotros profesamos la ciencia y la "filosofía *positiva*: ciencia del progreso, filo-"sofía del porvenir, que ha de regenerar al "mundo y trasformar á la humanidad."--Oráculo de profetas, símbolo de novadores, que anuncia, no sólo una nueva revolución social sino, como ellos dicen en su prodigioso idioma, *una nueva educación de las inteligencias.*

Por honor á nuestro carácter nacional, que tiene tanto anhelo por la claridad y tanta sed de luz, es necesario entenderse antes respecto al sentido de las palabras; y para esto es preciso que el positivismo consienta en darse á conocer, definiendo y exponiendo su propia doctrina. Investiguemos, pues, antes que todo, cuál es la fórmula explícita de su símbolo, el secreto de sus ambiciones, el resultado de sus esfuerzos, lo que cree, lo que espera, lo que es realmente. Despues de exponer á vuestras inteligencias, en su verdadera fisonomía, esa creación prodigiosa del siglo XIX, pondrémos de manifiesto lo que vale bajo su aspecto científico esa pretensa *organización* de la ciencia.

Causará á algunos extrañeza que consagremos un discurso entero á la exposición y á la refutación de esa forma fantástica de la nega-

ción contemporánea; y yo confieso, señores, que si el positivismo no tuviera otra importancia que la que pudiera darle su valor intrínseco, no habria que ocuparse mucho en un sistema que lleva tan léjos como es posible la singularidad científica, la extravagancia religiosa y la contradicción filosófica. Pero el positivismo tiene á su favor dos cosas que explican el éxito que relativamente alcanza; y la fascinación que produce en la inteligencia de los jóvenes: y son, por una parte, el mentís que lanza contra las más sagradas afirmaciones; por otra, la libertad que da á las más detestables pasiones: tantas cosas verdaderas como niega en el órden intelectual; tantas cosas vergonzosas como legitima en el órden moral: esto es lo que me decido á exponer primeramente; refutando despues en sus principios fundamentales la doctrina positivista.

I

El positivismo, nacido en nuestro suelo, y por decirlo así, á nuestra vista, sigue siendo para el mayor número de nosotros como uno

de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce más que por las relaciones de los viajeros que los han cruzado. Por eso, antes de entrar en la refutación directa de ese sistema tan antipático al buén sentido del género humano y sobre todo, al génio de Francia, creo necesario empezar por haceros de él una exposición clara y francamente imparcial. Bien sé que esa exposición de los grandes errores ofrece sus dificultades, porque tropieza fácilmente en uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar ó embellecer; ser injusto con el error á fuerza de amor á la verdad, ó ser injusto con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error. ¿De qué manera pasarémos entre esos dos escollos, al exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con una imparcialidad completa y con una justicia consumada? Hay para ello un medio que me ha parecido tan sencillo como leal; mostraros sucintamente al positivismo pintado por sí mismo.

Así, pues, señores, prestadme por algunos momentos una paciente atención, y no os escandaliceis, porque voy á hablar como buén

positivista, es decir, como muy mal católico, y debo añadir, como muy mal filósofo.

Para entrar con conocimiento de causa en la nueva secta, he aquí lo que primero debe admitir el iniciado. Ha de saber "que todas nuestras concepciones, de cualquier órden que sean, pasan sucesivamente por tres estados, cuyo órden determina la naturaleza de las cosas y está señalado en la historia por distintas etapas: el estado teológico, el estado metafísico, y el estado positivo. Este desenvolvimiento del espíritu humano es universal y no reconoce excepción. En el estado *teológico*, el hombre, trasportando al mundo exterior la idea que de sí tiene, *supone* que los objetos se mueven por la acción de voluntades superiores; pero en la esencia análogas á la suya. De aquí la hipótesis de los ángeles y de las divinidades paganas; de aquí también la hipótesis de Dios. En el estado *metafísico*, el hombre sustituye entidades abstractas á las concepciones concretas de las teologías; y *supone* á esas entidades, que son producto de su propia imaginación, con una realidad y una objetividad que no tienen. De aquí un conjunto de especulaciones estériles y de supuestos conocimien-

tos metafísicos, tan faltos de realidad como la misma teología. Por último, en el estado *positivo*, que es la era de las verdaderas grandezas de nuestra humanidad, el hombre reconoce su verdadera situación en medio del órden universal de que forma parte; y llega á hacer un gran descubrimiento, cual es que los movimientos de los séres y el conjunto de sus fenómenos están determinados, no por *voluntades libres*, sino por las *propiedades* de las cosas, por fuerzas *inmanentes*, cuyo conocimiento sirve de base á toda la ciencia.

La verdadera filosofía de la historia consiste en poner de manifiesto á la luz de los hechos la sucesión regular y normal de esos tres estados en el desenvolvimiento del espíritu humano, los cuales constituyen el triple *régimen mental* de la humanidad.

Así veis como el régimen *teológico*, partiendo desde la cuna de las religiones y de las sociedades, pasa por esas varias faces, se simplifica progresivamente, se va haciendo cada vez más abstracto, y á cada simplificación que en él se produce, va teniendo menos parte en la vida de los hombres. Veis además siempre á la luz de los hechos, el régimen *metafísico*, al

principio subordinado al imperio del dogma, despues en rebelión abierta contra el espíritu teológico, ganando cada dia terreno á la teología y tomando atrevidamente la dirección de las inteligencias en la era de las revoluciones que todavía dura. Veis, por último, al régimen *positivo* suplantando cada vez más á la misma metafísica, y despues de haberse ido apoderando sucesivamente de todas las ciencias, *eliminar* todo lo que no es él y absorber cuanto en él pueda entrar, y hoy dia pone el pié triunfante en el dintel mismo del órden social.

Tal es la sucesión de los tres estados por los cuales pasa de una manera fatal el espíritu humano. El último excluye á los otros dos, y los condena á un desuso definitivo y á una impotencia irremediable, á causa de su oposición radical con él.

No es difícil comprender de dónde procede ese antagonismo radical entre los dos primeros estados y el tercero. La filosofía positiva y la filosofía teológica ó metafísica, se excluyen esencialmente; puesto que la una se ocupa en lo absoluto y la otra en lo relativo, y nada más que lo relativo. Tal es la barrera

insuperable que en lo sucesivo ha de separar el pasado y el porvenir del espíritu humano. Hasta ahora, el hombre ha dejado lo finito y lo relativo, para ir en pos de lo absoluto, y de lo infinito; y lo infinito y lo absoluto son inaccesibles al espíritu humano, no siendo susceptibles de demostración ni de refutación. El espíritu humano, en sí mismo, no es lo absoluto ni lo infinito: preguntarle el secreto de uno y otro, es pedirle lo que no tiene ni puede dar. Por tanto, encerrarse en el círculo de lo que la escuela llama lo *contingente* y lo *relativo*, constituye una diferencia capital entre una y otra filosofía, y abre entre ellas un abismo que impedirá al mundo del porvenir volver á las doctrinas de lo pasado.

Este es el partido definitivo y la resolución inquebrantable que toma el positivismo. Así es que de hoy en adelante el positivismo no ya discutirá con los téologos ni con los metafísicos, sino que les volverá la espalda y los pondrá *fuera de la ciencia.* Y esa exclusión que pronuncia el positivismo contra la teología y la metafísica, no la pronuncia menos contra la psicología y la moral, tal como los filósofos la han comprendido en nuestros dias. La psicología ó la ciencia del alma, considerada como sustancia inmaterial, no es menos quimérica en su objeto que la misma metafísica; y los hechos de conciencia, considerados como distintos de los fenómenos fisiológicos, no tienen más que un valor puramente *nominal.* La moral aceptada como legislación de nuestra vida espiritual, escrita en el fondo del alma por el dedo divino, tampoco es en sí misma otra cosa que una bella ilusión. La verdadera moral, la que consagra la ciencia, descansa por completo en la distinción de los instintos *egoistas* y de los instintos *altruistas*, ó sea los que concentran al hombre en sí mismo, y los que lo inclinan hácia los demás. El egoismo y el altruismo son los dos polos en la vida moral de la humanidad.

Una vez descartadas todas las regiones de la hipótesis y reconocidas como inaccesibles á las miradas de la verdadera ciencia, los dominios científicos se estrechan de un modo notable, pero es para iluminarse más. El positivismo, colocado fuera de lo imaginario y de lo quimérico, toma en medio de la luz de la ciencia, el punto de partida que ha de conducirla de claridad en claridad desde su-

base más profunda hasta su más elevada cumbre, es decir, desde los primeros elementos de las matemáticas hasta la cima luminosa de la *sociología* ó ciencia de la sociedad, último término á que ha de llegar un dia la filosofía positivista.

Ya veis, pues, lo que de hoy en adelante ha de entrar en ese reino de la luz pura y constituir los elementos de la ciencia nueva: hechos, y nada más que hechos; hechos, con las leyes inherentes á su naturaleza y las fuerzas *inmanentes* de la materia. Es necesario desarraigar esa preocupación que tan cuidadosamente han infundido los teólogos y los filósofos, de "que hay dos órdenes de hechos "perfectamente distintos, los que caen bajo "los sentidos y los que sólo descubre la con-"ciencia;" porque esa distinción es el vicio fundamental de la ciencia de lo pasado. "Todos los hechos son esencialmente *homogéneos*; y no hay más que un procedimiento para conocerlos, que es la experiencia ó la observación. Todo fenómeno real debe ser observable, y para eso es necesario que caiga bajo los sentidos. Toda otra observación es esencialmente vana.

Por eso, en vez de lanzarse con la imaginación en busca de las *causas* y de la *esencia* de los séres, el procedimiento único y universal que de hoy en adelante ha de conducir al verdadero conocimiento de aquellos séres y de sus leyes, es aplicarse á estudiar por medio de la observación las cosas en sí mismas, con sus fuerzas *inmanentes;* y sustituir á las aventuras de la especulación teológica, metafísica, moral, ó psicológica, las investigaciones precisas del cálculo, aplicado á las realidades materiales. Ahora bien, seis ciencias que están ligadas entre sí, y se auxilian unas á otras, encierran dentro de sus grandes líneas el conjunto de los hechos observables y el campo de las investigaciones científicas: estas seis ciencias son: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología: las matemáticas, que son la ciencia del número, de la dimensión y de la extensión abstracta; la astronomía, que es la ciencia de los movimientos de los cuerpos y de su extensión determinada; la física, que es la ciencia de las leyes generales que rigen á la materia; la química, que es la ciencia de las afinidades de los cuerpos y de sus ele-

mentos moleculares; la biología, que es la ciencia de los séres vivientes; y la sociología, que es la ciencia del hombre social. Cuanto es posible *saber* está encerrado en el círculo descrito por los contornos de esas seis ciencias; y esa es la esfera exclusiva en que la ciencia está llamada á moverse en lo porvenir.

Tal es el edificio científico que el positivismo construye para elevar el espíritu humano. Su base es ese diamante inquebrantable que se llama la ley matemática; y en su más alta cumbre muestra la ciencia de la vida y la ciencia de la sociedad, ó en términos positivistas, la *biología* y la *sociología*. Entre esas dos ciencias, de las cuales una es la expresión de lo más sencillo y otra de lo más complejo, la obra maestra de la filosofía positivista es ordenar todas las ciencias, escalonarlas gradualmente unas en pos de otras, tomando cada una su punto de apoyo en la que le precede y sirviendo de fundamento á la que ha de seguir: desprender de esas ciencias las leyes que las rigen; y llegar desde todas esas leyes, caminando de simplificación en simplificación, hasta la ley universal y general

que las domina todas. En adelante la filosofía no debe ser más que el resúmen, ó por mejor decir, la simplificación de las leyes generales *inmanentes* en la naturaleza, y comprobadas por la ciencia.

Este es el milagro que el positivismo está en vías de llevar á cabo. El positivismo ha trazado de una manera definitiva el recinto de la ciencia; de suerte que abrazar lo que él abraza, es abrazar la realidad entera. La filosofía positiva se asemeja á las primeras circunnavegaciones que han mostrado al hombre los límites del globo terrestre: da la vuelta á la realidad, como los navegantes han dado la vuelta al mundo. Más allá y más arriba de este mundo en que el entendimiento humano encuentra todo lo que puede saber, las miradas del sábio no descubren sino regiones imaginarias, que se llaman, unas veces teología, otras metafísica, ya psicología, ya moral, y que son como esos cielos fantásticos que la ignorancia de la astronomía creó y en cuy[illegible]
cia mantuvo por largo tiempo á l[illegible]
en su infancia."

Tal es la fé robusta que el positiv[illegible]
ne en su propia suficiencia; y esta fé [illegible]

cer en él esperanzas fabulosas. El positivismo tiene acerca de sus destinos, visiones, esperanzas y ambiciones que apenas se podrian creer si no se supiese de todo lo que es capaz el orgullo del espíritu humano, cuando no creyendo ni esperando en Dios, tiene en sí mismo una fé sin medida y una esperanza sin límites. Sin duda lo que acabais de oir es prodigioso; pero hay en la secta nueva algo que me parece más asombroso aún, y es lo atrevido de sus profecías y lo extraordinario de sus esperanzas. Sigamos oyendo al positivismo.

"Hoy el régimen positivo lo invade todo y domina en todas partes, excepto en el terreno social. Pero el que siga con ojos atentos el desenvolvimiento de las ciencias, y las vea como van desalojando de sus posiciones á las nociones teológicas, metafísicas, morales y psicológicas, verá de una manera evidente que la série se completará: y el advenimiento del reinado positivo en todas las ramas de los conocimientos humanos trae necesariamente consigo su advenimiento en el único órden de cosas de que está excluido aún, que es el órden social.

"En medio de los partidos que luchan, el terreno se oculta en todas partes bajo los piés de los contendientes; y todo converge hácia la noción positiva del mundo.

"Al declinar la autoridad sobrenatural aparece una nueva autoridad, que es el positivismo, y todo se va colocando, clasificando y coordinando en derredor de ella.

"Si miramos lo que queda detrás de nosotros, verémos á la historia mostrándonos la dilatada corriente de las ideas teológicas y metafísicas en todo su desenvolvimiento: pero ya comienza á señalarse otra vertiente, y el manantial de las ideas positivas brota á su vez y en adelante correrá con libertad por el lecho que él mismo se abre y por la pendiente que lo precipita.

"La humanidad en su infancia estaba regida por la ley de la *trascendencia*: en su madurez la regirá la ley de la *inmanencia*. La trascendencia era la teología ó la metafísica que explicaba el mundo por la acción de causas que iban á buscarse fuera de él. La inmanencia es la ciencia positiva, que explica el mundo por la acción de las causas que están en él. Estas dos corrientes han luchado

largo tiempo una con otra; pero el dilatado conflicto en que han estado toca á su término;" y nada en el mundo puede ya detener la carrera fatal que lleva al positivismo en el carro del progreso al gobierno de las inteli gencias y al dominio del porvenir.

Lo que profetiza de una manera más infalible á los ojos del positivismo su triunfo definitivo é inmediato, es el derrumbamiento general y la decadencia irremediable de todo lo que precede á su advenimiento. Si se le oye á él, no hay ya símbolo religioso que pueda contar en adelante con el asentimiento de todos los hombres; no hay ya doctrina metafísica capaz de imponerse á todas las inteligencias: y por lo tanto no hay ya nada que pueda impedir el reinado del positivismo. Lo sobrenatural está relegado para siempre á la región de las quimeras: y la metafísica se ha perdido para siempre en el vacío de sus abstracciones, ó por mejor decir, de sus sueños. Al mismo tiempo que se verifica esta doble decadencia, las ciencias positivas se levantan alcanzando cada dia más autoridad; y sobre uno y otro régimen del espíritu humano, que se han hecho ya imposibles, es inevitable

el triunfo del régimen positivo. El positivismo no es ya sólo la doctrina del porvenir, sino la del presente; su triunfo ha comenzado y continúa: no le falta más que completarse. Y si consentimos en creerlo; si queremos reconocer su importancia contemporánea y su dominación ya casi universal, poco falta, señores, para que vosotros y yo estemos ya sometidos al tercer régimen mental; y sin duda alguna el dia ménos pensado, la humanidad entera, asombrada de verse trasportada al nuevo régimen sin saberlo, exclamará al despertar, desde un extremo al otro del mundo: "Soy positivista."

Ya lo veis, señores, el positivismo no es modesto; bien se ve que la humildad no es una virtud positivista, porque es imposible admirarse y jactarse con una seguridad más rara y una calma más olímpica. Así es que experimento cierto pesar al venir á turbar á sus reveladores y á sus oráculos en el placer celestial que sienten, según parece, al proclamarse señores del mundo y reguladores del pensamiento. Sin embargo, por más que colocados en el fondo de su olimpo de semidioses, nos miren desde tan alto á nosotros los po-

bres mortales, necesario es que se dignen poner el pié en el terreno á que nos provocan, y nos den alguna cuenta, en el punto mismo de vista en que se colocan, de la presunción que ostentan y de las ambiciones que manifiestan. Tenemos derecho á preguntarles qué son y qué han hecho para legitimar una fé tan colosal y unas esperanzas tan gigantescas: una fé capaz de trasportar, no sólo los montes, sino los mundos; unas esperanzas capaces de trastornar las cabezas más fuertes y de sacar de quicio á los espíritus más firmes.

Si yo tuviera delante de mí á esos cándidos maestros del espíritu humano, é iniciadores del nuevo régimen mental, ved aquí sobre poco más ó menos lo que quisiera decirles por su interés y por el nuestro, antes de discutir á fondo el sistema que acabo de exponer.

Señores positivistas, en verdad que no sois poco ambiciosos; vosotros mismos no haceis misterio de eso. Nos anunciais con una solemnidad que no es común en el ingenio, no solo una nueva reforma del mundo, sino lo que es mucho más grave y radical todavía, lo que llamais en vuestra lengua *una nueva educación de las inteligencias.* Ahora bien: esos nuevos

maestros de las inteligencias, si es que os comprendo bien, sois vosotros, vosotros mismos, vosotros solos: y en verdad que semejante ambición, ya lo conoceis, bien vale la pena de que se le justifique con algún título eminente. Vosotros profetizais más que milagros; siendo así, nos habeis de permitir que os planteemos esta cuestion. ¿Quiénes sois? Sí: eso que los judíos preocupados preguntaban al santo precursor de Cristo, sentimos la necesidad de preguntároslo á vosotros que os presentais como los mensajeros del progreso y los Mesías del porvenir. Dignaos, pues, respondernos quiénes sois y qué decís acerca de vosotros mismos. Que sois profetas y profetas de vuestra gloria, eso ya lo sabemos; pero sólo el porvenir posee el secreto de vuestro triunfo ó de vuestra derrota, y ya la historia dirá algún dia al mundo lo que se debia pensar acerca de las profecías del positivismo. Dejemos, pues, á un lado el ministerio profético, que no tiene nada que ver con la ciencia, y decidnos lo que sois ante ese siglo al que quereis educar y ante nuestras inteligencias á las que pretendeis servir de maestros. ¿Sois reveladores? ¿Sois inventores? ¿Sois organizadores?